

El precio de la aventura

Lola Beccaria

Lola Beccaria nació en Ferrol (La Coruña) en 1963, y actualmente vive en Madrid. Es Doctora en Filología Hispánica. Desde 1986 trabaja en la Real Academia Española, donde ha realizado diversas tareas, como lexicógrafa y lingüista. Ha colaborado en varias editoriales, y asiduamente, hasta su cierre, en la revista *El Urogallo* con sus críticas literarias. En la actualidad hace crítica literaria para el suplemento ABC Cultural. Ha publicado la novela *La debutante* (Alba, 1996), y varios relatos. Con su segunda novela, *La luna en Jorge* (Destino), resulta finalista del Premio Nadal 2001. Dentro de su labor filológica, destaca el haber descubierto y editado una obra perdida de Lope de Vega, *El Otomano famoso* (Áltera, 1996), que con carácter anónimo se halla recogida en un manuscrito del siglo XVII. Ha realizado una incursión en el género cinematográfico colaborando en el argumento para el guión cinematográfico de la película *Faust 5.0*, proyecto de *La Fura dels Baus* (1998).

El mundo es un lugar de compraventa. Compramos y vendemos objetos, ideas, e incluso nuestros sueños. Todas las mañanas salimos a la plaza con nuestro trabajo, y lo trocamos por ganancias que más tarde servirán para comprar nuestra propia supervivencia, nuestro lugar en la sociedad. Vender es sencillamente ceder u ofrecer algo propio a cambio de un precio convenido. Y el pago no es necesariamente un fajo de billetes, sino que difiere según las circunstancias. A veces buscamos otra cosa que dinero: admiración, cariño, reconocimiento, fama, protección, o sencillamente amor. A cambio damos el fruto de nuestro esfuerzo, que en el caso de un escritor, es su literatura. No hay pertenencia más íntima que el producto de lo escrito. Escribir es un acto que se hace normalmente desde las entrañas, desde la franqueza, desde la imposibilidad de trasladar al papel aquello que no se siente. Cada uno viste de la forma que quiere su escritura, mientras que la sensibilidad en estado puro es el patrimonio que subyace y que late por debajo, que hace posible la actividad del escritor. No digo que no haya alguno que se siente a escribir pensando, sopesando aquello que quiere vender desde la perspectiva de lo que el público quiere comprar, pero ese es un acto de dificultad extrema: no se puede saber, no está al alcance de nadie conocer lo que el público ansía, lo que los demás comprarían a ojos ciegos. Fabricar el *best-seller* perfecto es todavía hoy un sueño más que imposible. Es un auténtico misterio, incluso para los reyes del marketing, el gusto literario de la gente. Y también es una gran ventaja, porque permite la sorpresa y que haya un

huevo para todos en el mercado literario. Cada escritor posee su propia fórmula, cada escritor inventa dentro de su propio modelo, y es difícil querer ser otro, impostar una voz que no es la personal e intransferible. En este sentido, y a mi modo de ver, la sinceridad es el camino para conectar con el lector: darse como es uno mismo, escribir lo que a uno le sale de dentro, expresar el modo en que uno entiende el mundo, esa mirada única que cada uno de nosotros llevamos en la retina.

¿Y cuál es la mirada de esta época? ¿Cómo miramos el mundo aquellos que escribimos hoy en día? ¿Qué vendemos al público? Lo que vendemos no es ajeno, nunca es ajeno a los demás. Formamos parte de la misma sociedad, compartimos en mayor o menor medida los mismos hábitos, las mismas preocupaciones y deseos de quienes van a comprar un libro. Escribir es una forma de sacar a la luz esos puntos en común, es un modo de salirse del yo para crear lazos con los otros. El escritor cuenta a quienes conforman su entorno lo que antes se ha dicho a sí mismo, habla de sus conflictos, de sus experiencias, habla y habla para entablar una conversación con los demás. Y a veces siente que tiene que decirlo a gritos para que el resto se entere. En esos momentos desearía vender millones de ejemplares, no por dinero exactamente, sino para sentir que su esfuerzo ha merecido la pena, que su discurso, que sus palabras llegan a la gente, porque las ventas se traducen en un mayor número de oídos atentos a lo que dice. La pasión del escritor es su propio sufrimiento. Es el grito por hacerse entender, por ser el espejo donde los demás se puedan mirar y allí reconocerse. Y es en esa búsqueda ansiosa de complicidad en la que quien escribe se deja la piel e invierte una gran parte de su ardor y de su afán. Querer gustar al público no es un superficial acto de vanidad ni un mero deseo de halago, es el anhelo más respetable del escritor, porque es la muda petición de ser aceptado como verdaderamente es, tras haber abierto las compuertas de su interioridad, después de haber mostrado lo que es capaz de hacer con unas páginas en blanco. En definitiva, es su propia vida lo que está en juego.

De ahí que el mercado literario constituya un engranaje más sutil y complicado de lo que realmente parece. El intercambio de compraventa que se establece entre escritores y lectores es una prolongación del intercambio que reside en todos los actos de la vida. Hay un dar y un tomar que va más allá de una burda actitud mercantilista. El hilo conductor es la palabra, una palabra que se da con generosidad y se recibe igualmente. Y ocurre a veces, como en todo diálogo humano, que se producen interrupciones, que se generan malentendidos, que la palabra no llega a su destino con la nitidez y la claridad que uno espera. Por momentos, el aparato que hace de intermediario entre escritores y lectores funciona mal y crea interferencias, y la conversación es abortada. Entonces el escritor hace un nuevo intento, no se da por vencido, sigue y sigue escribiendo, y en ese esfuerzo por entablar la comunicación consume las horas y los días, el tiempo que le es dado, su existencia. Escribir es una vocación elegida desde la libertad, es un destino que normalmente resiste los embates de toda circunstancia en contra, es necesario a pesar de todo, irrevocable, terco, y no entiende de economía, de cifras, de liquidaciones. Escribir es una voz que nunca calla, que vive alerta, que sobrevive a los peores cataclismos. Es una voz que se empeña en ser escuchada, y busca con constancia su auditorio, debajo de las piedras, detrás de cada esquina. Es una voz humana, de hombres y mujeres.

Hasta hace no poco tiempo el ámbito literario era un terreno casi exclusivo del sexo masculino, al igual que otros terrenos. Así estaban las cosas establecidas. Cada sexo tenía su propia condena. El hombre estaba destinado a hacer y a dirigir, a ser responsable de la sociedad, a salir al mundo y a explorar, a inventar y a caminar, a opinar y mandar, a luchar y a no llorar. La mujer, por su parte, estaba destinada a la privacidad, al recinto único del hogar, a ser la pantalla donde se proyectara el hombre, a ser el estandarte de la pura biología al servicio de la familia, la quintaesencia del instinto mamífero de la reproducción, a mostrarse

sentimental por antonomasia, a sentir y a llorar entre cuatro paredes, a no salir ni a explorar ni a inventar nada. El artífice del reparto de tareas no era precisamente la lógica de la naturaleza, sino un rasero simplista y arbitrario que la civilización, por una cuestión de pragmatismo, había decretado, y que robaba a cada sexo aquello que al otro le era permitido, creando seres incompletos en ambos bandos.

Con el tiempo, sin embargo, se fue desarrollando un cambio. En cuanto a la mujer, puesta en pie de guerra, ha ido peleando cada centímetro de su conquista. Su lucha se ha orientado de puertas afuera. Ha salido al mundo y se ha hecho exploradora, aventurera, justo lo que le estaba vedado. A golpes y a codazos se ha abierto paso en la jungla exterior, se ha puesto a estudiar, a investigar, a opinar y a trabajar sin descanso, intentando rellenar ese hueco que le faltaba para ser un ser humano por entero. La mujer ha iniciado un camino imparable, el de preocuparse de ella misma, el de no ser un simple apéndice o espejo del hombre, el de mirar su yo y reflexionar sobre su propia esencia. En mi opinión, no se trata de que la mujer esté aprendiendo a ser masculina, sino que está probando a hacer actividades normalmente asociadas con el sexo masculino, aquellas que al hombre le habían tocado o se había adjudicado en el reparto de tareas, pero actividades humanas al fin y al cabo. Ni más ni menos.

En el origen de este proceso, una serie de mujeres comenzaron a rebelarse contra su propio destino, mujeres inicialmente educadas en el sostenimiento de los esquemas familiares tradicionales y amputadas en sus necesidades más íntimas de autorrealización personal. Buscaban trabajar y desarrollarse desde un punto de vista intelectual, poder visitar el otro lado de esa parcela de los instintos, de ese espacio emocional donde habían sido permanentemente instaladas. Demandaban poder salir y airearse, explorar y aportar sus capacidades, su lado creativo, a la estructura social, ideológica y económica de la civilización. Y

también artística. Poco a poco la mujer ha ido haciéndose un lugar y, lo mismo que en el resto de los campos, ha pasado a tener cierta importancia en el mundo literario, dado que la literatura es en gran medida el reflejo de nuestra sociedad. Todavía es el hombre quien publica más, las cifras lo señalan, y es el hombre quien todavía, en gran medida, marca las pautas estéticas, críticas y de contenido, de lo publicado, aun cuando la mujer figure por encima en las tasas de lectores. Así, se da la circunstancia de que, *grosso modo*, la mujer lee lo que decide el hombre y lo que escribe el hombre, incluso aunque no coincida con sus gustos y preocupaciones. En ese sentido, la mujer ha demostrado siempre una actitud abierta y curiosa hacia el mundo masculino. Una de sus aspiraciones más patentes ha sido entender al hombre, y por eso se ha asomado a las ventanas de su identidad con constancia, para conseguir las claves que le permitieran resolver y descifrar el gran misterio del varón. Sin embargo, el hombre, como contrapartida, demasiado ocupado en entenderse a sí mismo, ha mirado normalmente a la mujer como un ser incomprensible, evitando intentar entenderla, soslayando la curiosidad, dejando de lado las verdaderas motivaciones de esta, su sentir y su interior más privado.

Hoy en día, la mujer adulta es ciertamente la heredera de aquellas pioneras que propiciaron el cambio. Es una mujer educada en otros parámetros y en otros valores, diferentes de los de antaño. Su formación, sustentada sobre la base firme de la autorrealización personal, ha traído aparejado el rechazo de una vida entregada única y exclusivamente a la maternidad y a satisfacer las necesidades del varón, de su compañero. Tanto es así que esta faceta ha quedado postergada al último lugar del escalafón de prioridades de la mujer, de un modo casi militante. Lo primero, ahora mismo, es su aspiración a ser valorada desde un punto de vista profesional e intelectual, en su inteligencia y en su capacidad de trabajo. Atenta fundamentalmente a esta prioridad, la nueva mujer se estrella, como contrapartida, en el ámbito emocional, y

a la hora de tener una relación de pareja satisfactoria. El resultado es una mujer independiente, bien dotada en el plano intelectual, y al mismo tiempo con hondos problemas afectivos. Buscar pareja, mantener una relación estable, engendrar hijos y educarlos, conforman la nueva, compleja y acuciante asignatura femenina. Porque estas son también necesidades legítimas de la mujer como ser humano, necesidades que, abandonadas temporalmente en favor de las otras, pasan la cuenta ahora y se descubren como carencias fundamentales de su persona. En definitiva, la mujer anda en la cuerda floja, buscando desesperadamente un sano equilibrio entre lo intelectual y lo emocional.

Inmersa en sus contradicciones, volcada hacia su interior, en busca de su propia identidad, la mujer se ha separado del hombre y ha dejado de interesarse en él tanto como lo hacía antes, en todos los sentidos. El hombre, acostumbrado desde siempre a ese interés de la mujer, se siente abandonado y desatendido y pierde así su mejor espectadora, pierde lectoras a cada paso. Mujeres que se buscan en otros rostros de mujer, alejándose de los antiguos modelos, y rastreando su yo en las páginas escritas por seres de su propio sexo. De ahí que muchas mujeres compren literatura escrita por mujeres. Van fundamentalmente en busca de respuestas y se sienten atraídas por historias que tengan como protagonista a esa nueva mujer nacida en el siglo XX, esa mujer que lucha por conservar sus logros y que batalla con sus sentimientos, que en ocasiones rechaza las relaciones afectivas por miedo a perder su silla. La nueva mujer siente el amor como una amenaza, como una trampa que puede llevarla justo al sitio de donde huyó. No quiere ataduras sentimentales, mantiene relaciones esporádicas, encuentros sexuales sin mayor compromiso, porque su necesidad más genuina es poder sentirse libre, independiente, insumisa. La nueva mujer es rebelde por encima de todo y valora la soledad como un espacio íntimo donde nadie la oprime, donde nadie le dice lo que tiene o no tiene que hacer. A consecuencia de esta actitud, hay muchas

mujeres solas, que viven sin compartir con otros el ámbito de lo cotidiano. Es el único modo que han aprendido de preservar su tesoro, todo aquello que a base de tanto empeño han obtenido. De vez en cuando salen con hombres, e incluso viven temporadas con ellos, pero desde una distancia prudencial, desde la provisionalidad más absoluta. No encuentran la fórmula que les permita compaginar su independencia con la realización afectiva plena, porque sienten que su terreno es constantemente invadido, y renuncian así al amor duradero. ¿Quién necesita al hombre?, se preguntan. El hombre es fuente de insatisfacciones, de problemas continuos. Choca con sus intereses e impone un ritmo diferente a la vida. El hombre, y por extensión los hijos, suponen un lastre vital. Le hurtan tiempo a la mujer para autorrealizarse, le gastan su vitalidad, que ella siente que debe invertir por entero en su desarrollo personal. De ahí que huya constantemente del compromiso afectivo, de la implicación emocional. Y para convivir con el hombre debería situarse en un punto medio, entre la razón y el corazón, lo cual supone un escollo difícil de salvar en estas circunstancias.

Pero al mismo tiempo que la mujer vive el amor como amenaza, coexiste en ella una llamada interior que la avisa de los peligros de la soledad y del alejamiento del otro sexo; es la conciencia de que sin esa otra parte, la afectiva, tampoco se halla completa del todo. Y en descifrar ese rompecabezas gasta una gran cantidad de energía, consigo misma, en sus conversaciones con los demás y, por supuesto, en el recinto de la literatura, donde ha ido naciendo un estereotipo femenino que responde a estas inquietudes. Se trata de un tipo de mujer, en algunos casos exagerado o caricaturizado en el entorno literario, que se siente integrada en el ámbito del trabajo, pero que busca compulsivamente un hombre con quien compartir su vida, y que se queja de la imposibilidad de encontrarlo. Las penalidades de la nueva mujer se proyectan en las aventuras de estas modernas heroínas literarias, que tienen un carácter muy marcado, que son en apariencia fuertes y duras, muy

seguras de sí mismas, que defienden su estatus profesional con uñas y dientes, independientes en lo económico, inteligentes, pero que al mismo tiempo se muestran desvalidas y desnortadas emocionalmente. Si hace poco menos de medio siglo el afán primordial de la mujer era conseguir marido, hoy día la meta de muchas mujeres sigue siendo la misma, pero las circunstancias son diametralmente distintas. La razón de entonces era la de que sin marido una mujer tenía una posición poco firme socialmente, y estaba condenada a una vida anodina; actualmente la mujer sin pareja puede ocupar sin problemas un puesto consolidado en la sociedad, y sus ocupaciones la mantienen entretenida y satisfecha intelectualmente, pero sin un hombre a su lado su vida cojea en el aspecto afectivo, al que no puede dar rienda suelta como una necesidad más, y fundamental, del individuo. Por otra parte, las mujeres que consiguen establecer lazos con los hombres, aquellas que se casan y tienen hijos, no escapan a esta problemática, que permanece latente, provocando en ocasiones cortocircuitos. Mantener una relación es delicado y costoso, porque se producen constantes roces, surgen la competitividad, la incompreensión o el alejamiento, y siempre se corre el peligro de la ruptura. De este contexto nace la mujer insatisfecha, que desea por encima de todo ser comprendida, aceptada y amada como es, sin tener que negarse a sí misma, sin tener que renunciar a sus necesidades sustanciales, y cuyo anhelo de felicidad pasa por definir y disfrutar su propio espacio, sin entrar en competencia con el hombre y a la vez necesitando de la complicidad de este por entero. Todas estas vivencias se reflejan en la literatura, tanto de ficción como de no ficción, y tienen un mercado de consumo relevante. Y ya sea para hablar de sus inquietudes personales, ya sea para hablar de otros temas, la mujer escribe con la intención de mostrar una visión particular de la realidad, de intervenir, con sus opiniones y sus puntos de vista, en el quehacer de la sociedad, y busca denodadamente un reconocimiento intelectual a su labor, que no siempre obtiene.

De todas formas, las presentes reflexiones no dejan de ser un mero apunte de un estado de cosas, y tampoco quieren venir a ser una generalización totalitaria y simplista de lo que está ocurriendo. Simplemente se habla aquí de una tendencia que considero puntera en nuestros días, y que ya se entreveía en la narrativa de una serie de escritoras del siglo XIX, que, como avanzadilla, intentaban ensayar un nuevo registro literario, con todas las trabas morales y sociales existentes. En un momento dado de la historia, la mujer ha sentido la necesidad de formular su vida como una aventura más allá del hogar familiar, como una salida de la intimidad hacia fuera, y el relato de la realización tangible de esa aventura se ha empezado a desarrollar con mayor ímpetu a lo largo de las últimas décadas, cuando se ha hecho posible y real dicha aventura. La mujer narra sus experiencias y recaba más experiencias a través de sus lecturas. Es un intercambio fluido y fructífero, mediante el cual se va haciendo un lugar en el mercado literario.

En realidad, esta aventura de la mujer no es sino la aventura de todo ser humano, independientemente de su sexo. Y en ese sentido estamos hablando de una literatura que avanza en el conocimiento del hombre como especie, en lo que anhela, sueña, teme, siente o desea todo individuo. Es una literatura que compete a todos, hombres y mujeres. De ahí que muchas autoras se sientan incómodas con la etiqueta de "literatura de mujeres", porque dicha etiqueta parece ahuyentar y excluir de su radio de acción a los hombres, cuando no es cierto. De hecho, cada vez surgen más lectores masculinos interesados en leer libros escritos por mano femenina. Es un nuevo tipo de hombre abierto a nuevas experiencias. Un hombre que ha ido descubriendo poco a poco la importancia de la expresión de la afectividad, y que va rellenando ese vacío emocional que padecía, intentando ahondar en sus relaciones, alejándose del encierro en que guardaba aherrojados sus sentimientos. Es un hombre de una sensibilidad más agudizada, que muestra su

curiosidad por el nuevo orden de cosas, al que ya no le valen los viejos esquemas, que se siente en cierto modo desorientado, pero que no se niega, sino que más bien alienta, el deseo de conocer a la mujer y de establecer contacto con ella desde otros parámetros. Se encuentra también inmerso en un proceso de búsqueda de soluciones y respuestas, y se acerca a los productos femeninos con la intención de descifrar la clave de sus propias pasiones interiores.

No todos los hombres adoptan esta postura, y algunos hay que todavía sienten un rechazo evidente y declarado por la narrativa escrita por mujeres, sobre todo por aquella más orientada a lo sentimental y psicológico. Una parte de la crítica masculina de este país se decanta en ese sentido, y desestima esta literatura, a la que incluso llega a clasificar, inopinadamente, como “novela rosa”. La novela rosa es un género boyante en toda época, pero sus líneas argumentales están muy delimitadas y nada tienen que ver con la narrativa de muchas escritoras actuales. Mientras que la novela rosa incide en los esquemas más tradicionales y rancios de la sociedad, tomando el prototipo del amor romántico como modelo del mundo, y su calidad literaria es escasa, muchas de las novelas actuales escritas por mujeres indagan en las preocupaciones más vitales del ser humano, abren fronteras y rastrean nuevos modelos de vida por encima de antiguos prejuicios, además de sostener una calidad formal muy respetable.

El planteamiento final es que en la medida en que hombres y mujeres vivamos nuestra experiencia del mundo de modo diferente, esta se reflejará en la literatura como en un espejo: pero inevitablemente hombres y mujeres compartimos algo más que un mismo suelo, esto es, las necesidades, deseos, sueños y pulsiones propias de una especie común, y esto también se ve reflejado en la literatura.

Lola Beccaria